

La situación actual revela una crisis de representación política

(Entrevista a Ignacio Ramonet)

MARIANO AGUIRRE

CIP, Madrid

Los fenómenos del periodismo en nuestra época se asocian con grandes fusiones de monopolios informativos, luchas entre cadenas de televisión, radio y periódicos que representan a sectores políticos, y a periodistas que se acusan mutuamente de corrupción. Frente a este panorama pueden pasar desapercibidas otras manifestaciones de la sociedad de la comunicación que no mueven tantos millones de dólares. Una de ellas es *Le Monde Diplomatique*. Esta revista forma parte de la tradición ilustrada francesa y, si se quiere, del interés por el mundo que por definición tienen las potencias o ex potencias coloniales.

Le Monde Diplomatique ha forjado durante décadas un estilo y una tradición que combina el periodismo con el ensayo, el análisis de la actualidad con las visiones de largo plazo, la política y la economía con las expresiones sociales y culturales. Y todo ello asentado sobre una útil base bibliográfica. Su perspectiva es crítica del sistema mundial rescatando autores de diversos continentes. A Claude Julien, el mayor impulsor del modelo, le sucedió en la dirección de la revista Ignacio Ramonet (Redondela, 1947), hijo de familia española republicana que vivió su adolescencia en Marruecos y luego marchó a Francia. Formado dentro de la vida académica francesa en la línea de análisis del

lenguaje, de los medios y de la simbología y representación del poder para lograr su legitimación, Ramonet es mitad profesor, mitad periodista y de alguna forma la idea de «publicista político» sea la que mejor le define.

Ramonet es también profesor de teoría de la comunicación en la Universidad Denis-Diderot (París-VII) y en la Universidad Carlos III de Madrid. Doctor en Semiología y en Historia de la Cultura en la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París. Sus últimos libros son *Cómo nos venden la moto* (con Noam Chomsky, Icaria, Barcelona, 1995); *Un mundo sin rumbo* (Debate, Madrid, 1997); y *La tiranía de la comunicación* (Debate, Madrid, 1998).

Si *Le Monde Diplomatique* (el *Diplo*, coloquialmente) es un fenómeno periodístico, con más de medio millón de ejemplares de venta mensual entre la edición francesa más la italiana, la española, la árabe, la alemana, la griega, la mexicana, la suiza, y la inglesa (por Internet), su director está alcanzando un nivel de impacto público generalmente desconocido para periodistas o intelectuales progresistas. Ramonet se encuentra constantemente en foros diferentes en diversos países ofreciendo su visión de la mundialización, del pensamiento (único) liberal, de las consecuencias del mercado global.

Su pensamiento es generalista con los detalles suficientes para que el discurso tenga consistencia. Acusado en algunas ocasiones de catastrofista o fundamentalista en su crítica al sistema capitalista (por ejemplo, por parte de Alain Touraine), el director de *Le Monde Diplomatique* se opone a las críticas sin fundamento y considera que las soluciones a los grandes problemas actuales deben partir de análisis serios de las circunstancias y tendrán que ser encarnadas por los actores del cambio social, especialmente las víctimas de la mundialización y las asociaciones que combinen el carácter temático con la visión global de sus reivindicaciones. «En el *Diplo* no somos polí-

ticos, no queremos tomar el poder, sino informar», afirma.

La siguiente entrevista es una adaptación especialmente hecha para la *Revista Internacional de Filosofía Política* de una extensa conversación que mantuve con Ignacio Ramonet en tres sesiones en Madrid entre enero y abril de 1998. El texto completo ha sido publicado casi paralelamente en el libro *Rebeldes, dioses y excluidos* (Icaria, Barcelona, 1998). Algunas partes que se incluyen aquí no pertenecen al libro o han sido reelaboradas para esta publicación. Agradecemos a la editorial Icaria por el permiso de adaptación, y a la periodista Virginia Montañés por su colaboración.

Mariano Aguirre. Terminamos el siglo XX con una fuerte crisis del empleo a nivel global, una tremenda disparidad entre pobreza y riqueza, y un auge de reivindicaciones en algunos casos violentas de identidades particulares. Después de la Segunda Guerra Mundial se esperaba que el mundo funcionase de forma más racional y que determinados males como el nacionalismo extremo, el racismo y hasta los genocidios no volverían a ocurrir. Sin embargo, nos encontramos ante fuertes signos de irracionalidad: guerras brutales con fuertes contenidos religiosos o étnicos, sectas que se autoinmolan, una fuerte ruptura de valores morales en la política.

Ignacio Ramonet. Los finales de milenio son propicios para el resurgimiento de grandes supersticiones. En la actualidad hay una ruptura de la arquitectura racional. Para muchos ciudadanos del mundo desarrollado hay un derrumbe de sus ilusiones. La ilusión del proyecto de reconstrucción de posguerra, del Estado benefactor y del crecimiento económico y tecnológico. Se creía que el desarrollo iba a ser permanente. Pero desde 1975 comenzó una crisis que no ha podido ser controlada. Una crisis intelectual, conceptual y la gente se encuentra en otro universo sin saber muy bien cuál es. No se trata sólo de una crisis económica sino también de identidad y de incertidumbre. El desempleo estructural, la destrucción del trabajo que nos lleva a perder la identidad política, la de clase, a que se rompan los paradigmas que nos configuran como ciudadanos. Más todavía, no sabemos qué va a pasar con nuestros hijos, a qué clase o sector de la sociedad van a pertenecer. La crisis de identidad está en el centro de los neomilenarismos y de las erupciones sociales de hiperidentidad que han surgido en los últimos años. La característica central de nuestras sociedades es la producción de desigualdad. Estamos en una dinámica en que después de haber obtenido la cohesión social máxima, expresada en el Estado del Bienestar, éste se está destruyendo. Después de haber tenido como proyecto la igualdad, ahora tenemos como proyecto silencioso la desigualdad.

M.A. Si el fin del milenio es un momento simbólico de transformaciones quizá podamos pensar que haya también identidades de cambio, identidades positivas y no solamente negativas y regresivas.

I.R. Hay nuevas identificaciones de cambio. Una es tecnológica, y la otra es política. La primera, es la identificación con la utopía tecnológica, es decir, hay una expectativa hacia el siglo XXI, de qué va a ser la era de las tecnologías de la comunicación y de la información. Al controlar esas tecnologías se espera que nos otorgue confianza y nos proyecte en un territorio, en una esfera geográfica que nos proporcione una identidad. Internet es un territorio en el que habitan los internautas, que en cierta medida pueden identificarse más como *internautas* y tienen la identificación de la comunicación.

M.A. ¿Por qué considera a Internet una utopía positiva? Como mecanismo de comunicación es útil y supone un factor de democratización de la información. De su respuesta deduzco que usted lo ve más como un fin en sí mismo. ¿Es una herramienta para llegar a la información o es un factor de identidad en sí mismo?

I.R. La comunicación tiene de particular que casi siempre es una herramienta y, a la vez, una ideología. Desde el principio, la imprenta de Gutenberg es un instrumento, pero va a permitir la difusión del libro. Hay que darse cuenta de que, por ejemplo, en la época de Gutenberg, antes de la invención de la imprenta, a finales del siglo XV, un copista tardaba más o menos ocho meses para reproducir un libro. Entonces los libros circulaban en muy poca cantidad, pero de repente se multiplican, y se multiplican las leyes contra la imprenta a través de los países. Ahora conocemos una aceleración de la ideología ilustrada de la comunicación. Internet es la máquina fascinante que todos los comunicólogos esperaban, porque permite relacionar varias herramientas míticas de comunicación: el teléfono, el televisor y el ordenador, los tres se confunden. Además, se puede constituir una red a escala planetaria, donde ya no hay ni Norte ni Sur, donde no hay diferencias sociales o culturales, lingüísticas, nacionales, donde hay una comunidad. Este proyecto es, en realidad, puramente ideológico, una construcción ideológica, igual que la frase «proletarios de todos los países, uníos», hoy existe una ideología que es «internautas de todo el planeta, conectaos». En ese sentido considero que es, relativamente, una utopía positiva.

M.A. ¿Y las identidades políticas?

I.R. La otra identidad, en efecto, es la política y la representan los movimientos de excluidos, de marginados del sistema mundial. Las víctimas de la mundialización son actores del cambio. Son los que quedan al margen del mercado global, los que han perdido el trabajo debido al aumento de la productividad y la irrupción de las nuevas tecnologías. También son actores del cambio aquellos que la mundialización integra al trabajo, en los que llamamos países emergentes. En este caso pasan de una situación de inestabilidad, de precarización a un nivel de mayor estabilidad asalariada y también a una mayor organización, porque constituyen un tipo de clase media en países donde no existía esa categoría social. Y tienen un nuevo tipo de exigencias, tanto políticas como sindicales. Otros actores del cambio están situados en el denominado Tercer Mundo o Sur: son los que se consideran al margen de la mundialización. Campesinado, sectores en vías de extinción y sobre todo, ciudadanos de los sectores urbanos. La mayor vitalidad, el mayor cuestionamiento del modelo actual se encuentra en las ciudades, en los barrios nuevos, en las asociaciones de vecinos, que se crean en las grandes urbes del Sur.

M.A. ¿En esta división de actores dónde inserta a los zapatistas?

I.R. Los zapatistas representan una identidad positiva. El zapatismo, se presenta como un proyecto positivo. Es la primera crítica frontal al neoliberalismo como ideología. Y esta crítica frontal no surge de los países del Norte, sino en la frontera de los países del Sur con el Norte.

M.A. Menciona usted el concepto de frontera que es, precisamente, el que desarrolla en su último libro James Rosenau (*Along the Domestic-Foreign Frontier*, Cambridge University Press, Cambridge, 1997). Para este autor, las fronteras convencionales del Estado-nación se han quedado obsoletas y es en la *frontera* no convencional, o sea en el espacio entre espacios y no en la frontera de los pasaportes que divide a los Estados entre sí, donde se desarrollan muchos de los acontecimientos sociales, políticos, tecnológicos y comunicacionales de la vida global.

I.R. En efecto, el caso de la revuelta de Chiapas podría entrar en esa definición porque es, a la vez, una frontera real y simbólica entre Occidente y el mundo indígena. Emerge con un proyecto que podríamos llamar de neohumanismo: amenazar con la violencia pero testificar que, a la vez, la violencia no es buena y que ningún poder justo se puede apoyar en ella. En la tesis de los zapatistas hay una reflexión importante: ¿para qué sirve la violencia? La idea es que la violencia es buena para defenderse, pero no es tan buena para conquistar el poder, no es indispensable o no debe ser la única vía que permite conquistar el poder. Todo poder que se consigue por la violencia, se mantiene con la violencia, y la erige como una norma de la vida colectiva. Ocurre en Cuba, o en Argelia, y en todos los países donde la independencia, la soberanía, el poder se conquista y se mantiene por la violencia, pasando a ser una dimensión normal de la vida colectiva. El subcomandante Marcos dice «en nuestro proyecto no entra utilizar la violencia, las armas son, esencialmente, para defenderse». Los zapatistas dicen «nosotros no atacamos, nos atacan, el sistema ataca a los indígenas, a lo que representa la cultura indígena».

M.A. Han surgido muchas críticas a los zapatistas en los últimos tiempos, indicando que Marcos estaría usando el conflicto indígena y de la tierra para consolidar su propio poder.

I.R. La conquista del poder es otra cuestión sobre la que el zapatismo ha reflexionado. Ésta no puede ser todo en una sociedad compleja como la de hoy, la localización del poder se ha vuelto difusa, es decir, no se sabe dónde está el poder. ¿Para qué sirve conquistar el poder en México si está en otro lugar? Incluso se puede conquistar el poder político en México, pero no tener el poder religioso, el militar o el de los narcos. La visión *guevarista*, muy lineal, de toma del poder, la conquista del Palacio Presidencial, ya no tiene sentido en una sociedad moderna. Otro aspecto importante es que la intervención política tiene como proyecto el de mejorar la democracia. A pesar de sus carencias, la democracia sigue siendo un régimen que permite modificaciones, y permite ajustarse a la realidad, a condición que se cambie la distribución del poder político, del poder económico y de la tierra.

M.A. Según su análisis, que coincide, por ejemplo, con el que se hace el politólogo estadounidense Saul Landau, los zapatistas se distancian mucho de las guerrillas tradicionales de América Latina en los años sesenta y setenta: estaban en favor de una conquista leninista del poder, consideraban que la violencia era el método adecuado para destruir el aparato del Estado, y no creían en la democracia «burguesa». Esto es muy interesante, porque entonces los zapatistas enlazan más con un movimiento social que con una guerrilla: intentan influir pero no tomar directamente el poder. Y se parecen entonces a movimientos reivindicativos como los Sin Tierra en Brasil, aunque en este último caso no hay violencia organizada.

I.R. Quizá uno de los fenómenos más interesantes que ocurre en el mundo sea el Movimiento de los Sin Tierra (MST), en Brasil. El MST es un fenómeno semejante al movimiento de los Sin trabajo, en Francia. Son campesinos que no tienen tierra, braceros, que se han organizado para protestar contra la situación que sigue existiendo en muchos países del Sur, donde la tierra es acaparada por algunos grandes terratenientes. Una tierra que no es trabajada, que no resulta beneficiosa ni para el Estado, ni para la población, para aquellos que quieren trabajar. De ahí que los Sin Tierra estén apoyados en parte por movimientos próximos a la Teología de la Liberación, una iglesia militante. Los Sin Tierra plantean un problema dominante para agricultores e indígenas en América Central y Andina, ya que allí los pequeños agricultores son casi exclusivamente indígenas.

M.A. Los Sin tierra de Brasil cuestionan al gobierno socialdemócrata Fernando Cardoso. Los Sin trabajo de Francia ponen contra las cuerdas al gobierno socialista de Jospin. Este movimiento de parados en Francia no parece seguir las tácticas ni la política reivindicativa tradicional de los sindicatos. ¿Es un movimiento contra la tendencia a la mundialización, contra el coste social y económico de la unificación europea, o sólo contra el gobierno de turno?

I.R. Lo interesante de este movimiento de parados en Francia es su originalidad inaugural. Siempre ha habido manifestaciones de parados, pero una movilización activa, una especie de punta de lanza de parados tomando iniciativas, negociando con el gobierno francés de izquierda, es nueva. Toda Europa está mirando hacia este fenómeno, que es anunciador de lo que va a ocurrir en nuestras sociedades.

Están apareciendo cada vez más categorías de excluidos, los sin: sin trabajo, sin tierra, sin papeles. Son, como dice *La Internacional*, «los condenados de la tierra», los malditos de la tierra. Los proletarios tienen una enorme suerte de trabajar. Los malditos de la tierra son *los sin*, no sólo porque no trabajan, sino que no tienen esa perspectiva en el futuro, ya que en el tipo de construcción social y global que vivimos no hay trabajo para todos. Hay gente de treinta años que nunca tendrá trabajo, si las cosas no cambian. Tenemos entre 18 y 20 millones de parados en Europa. Igual que los proletarios no veían salida a su trabajo de catorce horas al día, siete días a la semana, si no cambiaba el mundo, ellos están condenados. Una vez que se toma conciencia de esta situación que es como una condena a perpetuidad, se provoca una revuelta. Y el problema que tienen las sociedades y los gobiernos de izquierda de Europa es que, ellos que se han convertido al liberalismo, no han pensado suficientemente la cuestión social. La gente no tiene qué comer, ha sido abandonada a las ONGs. *Los sin* no están proponiendo un proyecto

de sociedad, sino que, esencialmente, están diciendo: «¿Qué hacen ustedes con nosotros? Somos personas de esta sociedad, queremos circular, educarnos, cuidarnos, vivir. Y si somos parados es culpa del sistema. Queremos trabajar».

M.A. La política ha sido un instrumento para servir al *statu quo* o bien para cambiarlo. La ideología liberal nos dice implícitamente que la política es instrumental a la economía; y la izquierda en el poder se vuelve pragmática y pasa a reivindicar el centro (Tony Blair) o la izquierda del centro (José Borrell). En realidad, la política parece haber sido desplazada por la gestión de la sociedad y del Estado al servicio de un proyecto liberal de la economía.

I.R. Estoy totalmente de acuerdo. Existe una carencia entre las fuerzas de izquierda, partidos políticos, sindicatos o intelectuales a pensar el cambio de la política y a pensarlo teóricamente: qué es lo que está pasando, en qué medida lo que ocurre es un ímpetu conservador; en qué medida nos estamos instalando en una época reaccionaria en la que las fuerzas del capital tienen muchísimo más dinamismo que las fuerzas sociales. Son las fuerzas del capital las que impulsan el cambio y no las fuerzas sociales. Esencialmente, las fuerzas sociales están resistiendo al cambio, defendiendo una serie de adquisiciones de épocas precedentes.

M.A. Pero los partidos continúan existiendo como aparatos electorales de representación. Son parte de la democracia, y esta es la expresión política más sofisticada que a nadie se le ocurre rechazar.

I.R. La situación actual revela esencialmente una crisis de representación política. Los partidos políticos son una construcción intelectual de final del siglo XVIII y ya no corresponden a la estructuración del mundo de hoy. El mundo actual es uno en el que los partidos políticos o los sindicatos, de cualquier color que sean, no ocupan el conjunto del terreno, es decir que hay muchos espacios abandonados por ellos. ¿Qué espacios? Varios, diversos, a escala nacional, regional o planetaria. ¿Por qué? Porque desde que hemos entrado en este período de crisis, intelectual, en particular, independientemente de la crisis económica y social, observamos que han surgido actores políticos nuevos que no son partidos políticos y que ocupan un terreno en la realidad de las sociedades. En particular las Organizaciones no Gubernamentales y los movimientos de excluidos y víctimas que antes mencionamos.

M.A. Las ONGs por una parte, movimientos de «Sin» por otro, y zapatistas y pensadores críticos, entre diversos actores. Pero, ¿hay un proyecto de cambio, lo que antes llamábamos la Utopía que, en realidad, queríamos hacer realidad?

I.R. Creo que se debe reconstruir el concepto de «lo colectivo». Partimos de la crítica, de una forma diferente de ver la realidad para tratar de construir una contraideología, o una resistencia a la ideología anarco-liberal. Hay que restaurar el asociacionismo local pero con una visión global, con esa visión que tienen ONGs como Amnistía Internacional o Greenpeace. O sea, que se ocupan de un tema concreto, como los Derechos Humanos o el medioambiente, pero son internacionales.

M.A. Pero, ¿en su propuesta no se anima a una especie de asociacionismo sin estructura política?

I.R. Los partidos y los sindicatos se han quedado atrás de los fenómenos de las sociedades. La renovación empieza por las asociaciones y la reinstauración de lo colectivo, al igual que por una reforma de las instituciones internacionales (como la ONU), pero en algún momento los partidos, los instrumentos políticos deben volver a desempeñar su papel. O sea, hay una diversidad de campos desde los que se trabaja: Derechos Humanos, igualdad de género, lucha por la paz y el medioambiente, el desarrollo. Desde sus espacios y con sus estrategias todos implican una crítica a los que hemos llamado el pensamiento único, que es, en realidad, el método económico liberal y sus recetas más la esfera ideológica.

M.A. Precisamente, sobre el denominado «pensamiento único». Este concepto ha tenido un enorme éxito y ha generado un fuerte debate. Pero, ¿no cree que la idea se encuentra de alguna forma recuperada, y se ha convertido moneda de uso corriente despojándola de su contenido crítico?

I.R. Cuando desde *Le monde diplomatique* propusimos el concepto se hizo con la intención de identificar la esfera ideológica del ultraliberalismo económico. Lo que designa el pensamiento único es: el liberalismo económico es el método, una teoría económica, y hay una serie de parámetros que aparecen como técnica y que son los criterios de Maastricht, los principios del ajuste estructural del FMI, aplicados como normas, la liberalización de los mercados. Esto es una técnica, lo que nosotros designamos como pensamiento único es la esfera, el halo ideológico, lo que eso supone como cambio de todo tipo en una sociedad, y dijimos «esto no es una teoría económica, es una ideología». A partir de ese momento, eso funcionó como una especie de revelación, de repente se vio aquello en lo que estaba inmersa la sociedad pero de forma invisible, y fue eficaz. Yo creo que ese efecto ya se terminó, no me parece ni siquiera sano que se esté repitiendo constantemente, se crean muchas confusiones y además muchas contradicciones, la gente utiliza el concepto sin saber lo que significa. Nosotros no lo usamos ya. No se trata de tener siempre un discurso ideológico, de estar a favor o en contra del pensamiento único, sino de describir los efectos, cómo funciona, y para eso no hace falta ni invocarlo.

Mariano Aguirre es director del Centro de Investigación para la Paz (CIP), en Madrid. Licenciado en Estudios sobre Paz y Conflictos en el Trinity College (Dublín), es también investigador del Transnational Institute, de Amsterdam, y autor de «Los días del futuro. La sociedad internacional en la era de la globalización», Icaria, Barcelona, 1996.